

CONOCERSE

LA HUMILDAD EN EL PENSAMIENTO DE SAN AGUSTÍN

SANTIAGO SIERRA, OSA

Los antiguos filósofos relacionaban la humildad con la ignorancia, la debilidad o ser de baja condición; es decir, con lo que iba en contra del ideal de la excelencia. Así entendida, es normal que se rechace sin atenuantes. Más cerca en el tiempo, Nietzsche piensa que la humildad es la virtud propia de los esclavos incapaces de vengarse de sus amos (cf. *Genealogía de la moral* 1,4). Para Max Scheler, en cambio, es la virtud cristiana más sobresaliente que nos abre a los valores y a la riqueza de la realidad.

En el Antiguo Testamento el hombre frente a Dios es polvo y ceniza. *“Mi herencia son meses baldíos... Recuerda que mi vida es un soplo, y que mis ojos no verán más la dicha”*, se lamenta abatido Job (7, 1-4. 6-7). La privación y la humillación hacen al hombre más dispuesto a esperar la salvación que sólo puede venir de Dios. Pobreza y humildad están en la misma onda. La noción cristiana de humildad implica conocer la trascendencia de un Dios personal y nuestro estado de criaturas. En el cristianismo la humildad adquiere un significado religioso y tiene que ver con la dialéctica entre lo divino y lo humano, basada en el conocimiento de uno mismo como criatura dependiente con relación al creador. Por tanto, para el cristianismo la clave para el verdadero conocimiento de sí mismo está en la humildad y en el conocimiento de la dependencia que el ser humano tiene de Dios. El ejemplo de Cristo nos enseña que la humildad no nace tanto de la bajeza y pobreza, como de su grandeza y su amor que le llevaron a la humillación para salvarnos a todos. En el Catecismo de la Iglesia Católica se nos presenta la humildad como la base y disposición necesaria para una relación personal con el Dios vivo (cf. nn. 2540.2558-59).

Aunque nadie dude que sea bueno reconocer los propios límites, fundamento indispensable del equilibrio psíquico y de la madurez humana, uno de los valores más olvidados o silenciados en nuestra cultura es la humildad. La cultura del poder y del éxito va por otro camino. Para Agustín, en cambio, tiene una importancia fundamental en la vida cristiana. Recordemos el famoso texto de la carta 118: *“Quisiera, mi Dióscoro, que te sometieras con toda tu piedad a este Dios y no buscaras para perseguir y alcanzar la verdad otro camino que el que ha sido garantizado por aquel que era Dios, y por eso vio la debilidad de nuestros pasos. Ese camino es: primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad; y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo. No es que falten otros que se llaman preceptos; pero si la humildad no precede, acompaña y sigue todas nuestras buenas acciones, para que miremos a ella cuando se nos propone, nos unamos a ella cuando se nos aproxima y nos dejemos subyugar por ella cuando se nos impone, el orgullo nos lo arrebatará todo de las manos cuando nos estemos ya felicitando por una buena acción. Porque los otros vicios son temibles en el pecado, mas el orgullo es también temible en las mismas obras buenas. Pueden perderse por el apetito de alabanza las empresas que saludablemente ejecutamos... Si me preguntas, y cuantas veces me preguntes, acerca de los preceptos de la religión cristiana, me gustaría descargarme siempre en la humildad, aunque*

la necesidad me obligue a decir otras cosas” (*Carta* 118,22).

Agustín hace de la humildad un estilo de vida, una forma de ser y de relacionarse consigo mismo, con Dios y con los demás. La humildad es la virtud que nos sitúa responsablemente ante Dios y ante los demás. Nos lleva a valorarnos, a descubrir lo que Dios nos ha concedido y comprender su grandeza y nuestra pequeñez. Esta es la experiencia que se vio obligado a realizar el mismo Agustín para poder acceder a la conversión del corazón: “Y buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla sino abrazándome con el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús... Pero yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su flaqueza” (*Confesiones* 7,18,24). Basta pensar en sus Confesiones donde desnuda su alma ante sus contemporáneos para darnos cuenta de su sencillo estilo de vida. Cuando el primado de Numidia convoca un concilio regional y le pone en un lugar destacado, le escribe diciendo que no quiere un lugar de privilegio (cf. *Carta* 59,1). Confiesa que, desde su conversión, no aspiró nunca a puestos de honor en la Iglesia (cf. *Sermón* 355,2).

La humildad es la virtud más destacada por Agustín y la vivida más intensamente. Uno de sus estudiosos llega a decir: “*No tenemos que inquirir largo tiempo sobre la virtud que practicó en grado heroico: esa virtud fue la humildad. Este espíritu, soberbio por naturaleza, fue un hechizador por su carácter sugestivo y comunicativo, pero su santidad se la debe a la humildad. Él mismo nos ha dicho que abandonó el neoplatonismo porque vio, súbitamente, en el cristianismo, que la sublimidad absoluta vino a nosotros en la humildad. En el Verbo hecho carne, la verdad suprema se hizo amable e irresistible, y hasta se puso al alcance de carpinteros y pescadores. Esto le conmovió, y este descubrimiento fue una de las mayores gracias de su vida. Agustín predicará hasta su muerte que el verdadero misterio de la fe es la encarnación, y que la primera enseñanza de la encarnación es la humildad. En adelante le parece todo vanidad, excepto el amor humilde*” (VAN DE MEER, F., *San Agustín, pastor de almas*, Barcelona 1965, p. 20).

Para Agustín la humildad no tiene nada que ver con actitudes fingidas o artificiales. Consiste en conocernos y reconocernos como somos, reconocernos como hombres. No equivale a rebajarse, sino valorarse en la medida justa: “Ocultas el Hijo de Dios su venida en el hombre y se hace hombre. Se te manda a ti que seas humilde, no se te manda que de hombre te hagas bestia. El que era Dios se hace hombre; tú, hombre, reconoce que eres hombre. Toda tu humildad consiste en que te conozcas” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 25,16). Pero es un hecho que el conocimiento real del hombre está estrechamente unido a la mediación de Cristo: “La humildad del hombre es su confesión, y la mayor elevación de Dios es su misericordia. Si, pues, viene Él a perdonar al hombre sus pecados, que reconozca el hombre su miseria y que Dios haga brillar su misericordia” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 14,5). De lo que se trata, por tanto, es de conocernos y de aceptar nuestra propia situación de seres humanos: “A ti no se te dice: ‘Sé algo menos de lo que eres’, sino: ‘conoce lo que eres’. Conócete débil, conócete hombre, conócete pecador, conoce ser Dios quien justifica, conócete manchado” (*Sermón* 137,4). Por tanto, la humildad es una actitud vital que nos impulsa a controlar la propia

autosuficiencia y aparecer como lo que somos. Al mismo tiempo, ser sinceros con nosotros mismos es reconocernos débiles, humanos, pecadores y, a la vez, seguros de que Dios nos da su gracia, porque “la flaqueza que se da en la humildad es la mayor fortaleza” (*Comentarios a los Salmos* 92,6).

La humildad es el camino hacia la verdad de nosotros mismos, que nos abre al encuentro con Cristo, médico humilde y doctor de la humildad. Sólo quien se reconoce enfermo, el que no presume de sí mismo, siente la necesidad de ser curado y puede acoger la salvación del Hijo de Dios. La humildad es el camino de la misericordia y del perdón; nos pone frente al hermano con una mirada de comprensión y de aceptación y nos hace recobrar la unidad: “¡Cuán numerosos son los que, conscientes de haber ofendido a sus hermanos, rehúsan decir Perdóname! No se avergonzaron de pecar y se avergüenzan de pedir perdón; no sintieron vergüenza ante la maldad, y la sienten ante la humildad” (*Sermón* 211,4). Verdaderamente, el hombre es un ser débil y, aunque abierto al infinito, es una criatura limitada, llena de necesidades. Agustín está convencido que andar en verdad tiene su punto de arranque en la humildad: “¿Qué es practicar tú la verdad? No halagarte, ni acariciarte, ni adularte tú a ti mismo, ni decir que eres justo, cuando eres inicuo. Así es como empiezas tú a practicar la verdad; así es como vienes a la luz, para que se muestren las obras que has hecho en Dios” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 12,13).

Lo propio de la humildad es confesar la verdad y huir de la apariencia: “Como la soberbia presume, la humildad confiesa. Como es presuntuoso el que quiere aparecer lo que no es, así es confesor el que no oculta aparecer lo que es y ama aparecer lo que es” (*Comentarios a los Salmos* 121,8). Según Agustín, sólo escuchando, y escuchando la verdad, se puede ser humilde, porque la verdad no nos deja gloriarnos de nosotros mismos (cf. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 57,3). Es desde la humildad desde donde se puede elevar uno hasta la divinidad, pero eso es obra del mismo Dios: “Yo dije todos sois dioses e hijos del Altísimo. Dios nos llama para que dejemos de ser hombres. Esta dichosa transformación no se verifica si antes no reconocemos nuestra condición de hombres. Hay que partir de la humildad para elevarse a aquella altura. Si, por el contrario, nos persuadimos de que somos algo, cuando en realidad no somos nada, corremos el peligro no sólo de no recibir lo que nos falta, sino de perder lo que somos” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 1,4)

A la pregunta ¿qué significa ser humilde?, responde Agustín: “No ser jactancioso (es decir, no alabarse a sí mismo). Quien quiere jactarse es soberbio. El que no es soberbio es humilde. ¿No quieres ser soberbio? Para que puedas ser humilde, di lo que se escribió: Mi alma se gloriará en el Señor; oigan los humildes y alégrense. Los que no quieren gloriarse en el Señor no son mansos, sino fieros, hoscos, envanecidos, soberbios” (*Comentarios a los Salmos* 33, s.2,5). La humildad garantiza la verdad porque una de sus funciones es eliminar la mentira: “La humildad habla de la verdad, y la verdad de la humildad; es decir, la humildad, de la verdad de Dios, y la verdad, de la humildad del hombre” (*Sermón* 183,4).

1. HUMILDAD Y VIDA CRISTIANA

Sin la humildad que nos enseñó Cristo, no hay posibilidad alguna de recibir los efectos de la salvación, porque si algo amenaza con destruir la vida cristiana, ese algo es la soberbia: “Si poseéis la santidad, temed perderla. ¿Cómo? Por la soberbia. La castidad del casto puede perderse de dos formas: o convirtiéndose en adúltero o haciéndose soberbio. Y me atrevo a decir que quienes viven la vida conyugal, si son humildes, son mejores que los castos soberbios... El soberbio no puede carecer de envidia, que es la hija de la soberbia. Esta madre no conoce la esterilidad; allí donde se halla, pare inmediatamente” (*Sermón 354,4-5*).

El signo de los seguidores de Jesús es la humildad e imitar a Cristo es ser manso y humilde de corazón (cf. *Comentarios a los Salmos 90,1*). La grandeza del hombre consiste en la humildad; el camino de la infancia espiritual a la que se promete el Reino comienza en la humildad y se recorre desde y con la humildad: “A ella os exhorto, pues de los tales es el reino de los cielos, es decir, de los humildes, de los párvulos en el espíritu. No la despreciéis, no la aborrecáis. Esta sencillez es propia de los grandes; la soberbia, en cambio, es la falsa grandeza de los débiles, que, cuando se adueña de la mente, levantándola la derriba; inflándola la vacía, y de tanto extenderla, la rompe. El humilde no puede dañar; el soberbio no puede no dañar. Hablo de aquella humildad que no quiere destacar entre las cosas perecederas, sino que piensa en algo verdaderamente eterno, adonde ha de llegar no con sus fuerzas, sino ayudada... Así, pues, si guardáis esta piadosa humildad que la Escritura Sagrada muestra ser una infancia santa, estaréis seguros de alcanzar la inmortalidad de los bienaventurados” (*Sermón 353,1*).

La humildad es el cimiento de la construcción espiritual y, en nuestro caso, no es otro que el propio conocimiento, la verdad del ser humano visto en su propia indigencia y la imitación de nuestro Maestro: “¿Quién entra por la puerta? Quien entra por Cristo. Y ¿quién es éste? Quien imita la pasión de Cristo, quien conoce la humildad de Cristo; y pues Dios se hizo por nosotros hombre, reconozca el hombre que no es Dios, sino un mero hombre. Quien, en efecto, quiera dársele de Dios no siendo más que hombre, no imita ciertamente al que, siendo Dios, se hizo hombre” (*Sermón 137,4*).

Conocerse a sí mismo es una verdadera ciencia, la gran ciencia que el hombre está llamado a aprender: “Este es el perfecto y excelso conocimiento: conocer que el hombre por sí no es nada; y todo lo que es lo recibe de Dios y por Dios” (*Comentarios a los Salmos 70,1,1*). Por eso Agustín nos recomienda que aprendamos lo pequeño, la humildad de Dios: “Lo que habéis, hermanos, de aprender, ya lo estáis viendo, es lo pequeño. Nosotros apetecemos las cumbres; para ser grandes aprendamos lo pequeño. ¿Quieres aprehender la excelsitud de Dios? Aprende antes la humildad de Dios. Dígnate ser humilde en bien tuyo, puesto que Dios se dignó ser humilde también por ti. Aduéñate de la humildad de Cristo, aprende a ser humilde, no seas orgulloso. Confiesa tu enfermedad, déjate con paciencia tratar del Médico. Cuando hayas hecho tuya la humildad suya, te levantarás con Él; no digamos que se levante Él en su calidad de Verbo, sino que te levantarás tú para que más y más sea el Verbo presa tuya... Observad el árbol: echa

primero hacia abajo para crecer después hacia arriba, clava su raíz en lo humilde para lanzar al cielo su picota. ¿Dónde sino en la humildad se afianza?” (*Sermón 117,17*).

Para Agustín, “donde está la humildad, allí está Cristo” (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan, Prólogo*). Cristo y la humildad son inseparables. Como consecuencia, donde está la humildad hay posibilidad de fruto, mientras que donde está ausente y se asienta la soberbia, todo se convierte en desierto: “¿Qué hizo Dios resistiendo a los soberbios y dando gracia a los humildes, al cortar los ramos por la soberbia e injertar el acebuche por la humildad? ¿Qué hizo Dios? Oíd estas dos cosas; primero cómo Dios resiste a los soberbios; después cómo da gracia a los humildes... Ved cómo resiste a los soberbios. Oye cómo da gracia a los humildes: convirtió los desiertos en estanques de agua, y la tierra sin agua, en manantiales de agua. E hizo morar allí a los hambrientos...” (*Comentarios a los Salmos 106,13*).

Una regla elemental para el que quiera entender algo de la ciencia de Dios, es la humildad: “Se hallaba sentada a los pies de nuestra cabeza, y cuanto más humildemente estaba sentada, tanto más comprendía. El agua afluye a la profundidad del valle, deslizándose desde los encumbrados collados... Esto hacía María: se humillaba y el Señor la llenaba” (*Sermón 104,3.5*).

En alguna ocasión parece que Agustín identifica doctrina cristiana con humildad y es que la humildad tiene primacía en la vida cristiana, es su nota más característica y el mejor resumen de la enseñanza de Cristo: “Esta es la doctrina cristiana, el precepto y la recomendación de la humildad; no gloriarse a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Pues no tiene nada de grande gloriarse en la sabiduría de Cristo, pero sí lo es hacerlo en su cruz” (*Sermón 160,5*). Se explica porque la humildad es una disposición unida a todas las virtudes y “por la humildad volvemos al interior” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 25,15*) y reconocemos la necesidad que tenemos de la misericordia de Dios (cf. *Comentarios a los Salmos 38,18*).

Para llegar a la perfección es necesario comenzar por la humildad porque la humildad es el fundamento sobre el que se construye el edificio de la caridad; ella es el medio para conquistar y para custodiar la caridad. En definitiva, la humildad es la virtud que hace bueno al hombre y construye la ciudad de Dios: “Soy consciente de la fuerza que necesito para convencer a los soberbios del gran poder de la humildad. Ella es la que logra que su propia excelencia, conseguida no por la hinchazón del orgullo humano, sino por ser don gratuito de la divina gracia, trascienda todas las eminencias pasajeras y vacilantes de la tierra” (*La ciudad de Dios 1, prólogo*). Por eso Agustín nos exhorta: “Aprendamos, o mejor, tengamos la humildad. Si aún no la tenemos, aprendámosla. Si la tenemos, no la perdamos. Si no la tenemos, cobrémosla para ser injertados; si la tenemos, retengámosla, para no ser amputados” (*Sermón 77,15*).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Crees que en tu entorno se entiende y se valora adecuadamente la virtud de la humildad?

- ¿Qué consecuencias se derivan de la concepción agustiniana de la humildad y cómo podemos ayudarnos a practicarla?
- Para conocerse es importante un ejercicio de interioridad y un tiempo diario de reflexión ¿Crees que las circunstancias nos favorecen para ello y qué medios podemos utilizar para conseguir esta interioridad y reflexión?

2. LA SOBERBIA Y SUS CONSECUENCIAS

Para Agustín el contenido más profundo del pecado de Adán es la soberbia, el querer ser como dioses al margen de Dios y por encima de Él. Con lo cual, la soberbia parece identificarse con vivir desde la propia autonomía y sin contar con nadie. Agustín, de hecho, nos dice que el primer pecado es un pecado de soberbia, pero también está presente todo el mal que nos podamos imaginar (cf. *Manual de fe, esperanza y caridad* 45). Es cierto que el pecado podemos verlo desde distintas perspectivas, pero la más clara es la soberbia, que es un alejarse de lo que Dios pide por puro capricho y por aparentar que son sus propios dueños y casi dioses: “Los soberbios se alejan de los mandamientos de Dios. Una cosa es no cumplir los mandamientos de Dios por flaqueza o ignorancia, y otra apartarse de ellos por soberbia, como lo hicieron los que nos engendraron mortalmente para estos males. Pues les deleitó el seréis como dioses, y así por la soberbia se desviaron del precepto de Dios, que no ignoraban habérselo puesto el Señor...” (*Comentarios a los Salmos* 118,9,1). La soberbia puede calificarse como el mal de los males del espíritu humano, la peor de las enfermedades del alma: “Reconocieron que aquel que descendió del cielo para sanar con el ejemplo de su humildad el gran mal del alma humana, es decir, la soberbia, eligió a los débiles del mundo para confundir a los fuertes, a los necios de este mundo para confundir a los sabios” (*Sermón* 51,4).

Las consecuencias de la soberbia son desastrosas; no es fácil medirlas todas, pero sí se pueden poner de relieve las más destacadas. Por una parte, es el origen de la mala voluntad y lleva al ser humano a alejarse de la única realidad que puede agradaarle y saciar sus inquietudes y deseos: “El principio de todo pecado es la soberbia. Y ¿qué es la soberbia sino el apetito de un perverso encumbramiento? El encumbramiento perverso no es otra cosa que dejar el principio al que el espíritu debe estar unido y hacerse y ser, en cierto modo, principio para sí mismo. Tiene esto lugar cuando se complace uno demasiado en sí mismo. Y se complace así cuando se aparta de aquel bien inmutable que debió agradaarle más que él a sí mismo” (*La ciudad de Dios* 14,13,1).

Por otra parte, la soberbia es el origen de todas las enfermedades morales: “El manantial de todas las enfermedades es la soberbia, porque la soberbia es el manantial de todos los pecados... ¿Cuál es el origen de todas las iniquidades? La soberbia. Cura la soberbia y ya no existirá iniquidad alguna. Es para curar la causa de todas las enfermedades, que es la soberbia, por lo que bajó y se hizo humilde el Hijo de Dios. ¿Por qué te ensoberbeces tú, oh hombre? Dios se humilló por ti. Tal vez te ruboriza imitar a un hombre humilde; imita, al menos, al humilde Dios” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 25,16). Es más, la soberbia hace que el hombre

resista a la verdad y se quede encerrado en sus propios deseos: “Luego, por ser soberbios, fueron dignos de ser entregados a los deseos de su propio corazón, y así se convirtieron en abismo profundísimo no sólo pecando, sino también obrando con dolo, para no entender su iniquidad y odiar” (*Comentarios a los Salmos* 35,10). La soberbia separa de la Iglesia y es la madre de todas las herejías: “Considerad ya qué es lo que ha engendrado todas las herejías; no hallaréis ninguna otra madre a no ser la soberbia. Pues cuando los hombres presumen mucho de sí mismos, llamándose santos y queriendo arrastrar a las masas tras de sí, sólo por soberbia dieron origen a las herejías y a los cismas, útiles ambos. Mas como a la Iglesia católica no la vencen los hijos de la soberbia, es decir, todas aquellas herejías y cismas, por eso mismo se predijo: Y las puertas del infierno no la vencerán” (*Sermón* 346 B,3).

Todavía es peor cuando la soberbia corrompe el mismo bien. Agustín parece indicarnos que las buenas obras son el alimento propio de la soberbia, de tal manera que se desarrolla a expensas de ellas. Llega a calificarla como tumor: “Porque los demás vicios prevalecen en la maldad, pero el orgullo se desarrolla a expensas de las buenas obras. Por la misma causa, no sea que, atribuyéndose a sí mismos los dones de Dios, y ensoberbeciéndose perezcan con más grave caída que si nada hiciesen, se amonesta a los soberbios... porque a esos tales hay que bajarles el tumor del orgullo con dolores” (*La naturaleza y la gracia* 27,31).

Otra de las consecuencias de la soberbia es que se convierte en el principal obstáculo para poder estar con Dios. Por la encarnación, Cristo elimina este obstáculo y nos une íntimamente a Dios: “Hay en la encarnación de Cristo otros muchos bienes... Otro bien: la soberbia humana, obstáculo principal para la unión con Dios, fue corregida y medicada por la humildad profunda de Dios. Por ella conoce el hombre cuánto se había alejado de Dios y puede apreciar mejor el valor terapéutico del sufrimiento en el camino de su retorno” (*La Trinidad* 13,17,22). La soberbia nos lleva a arrojar fuera lo mejor que tenemos, la presencia de Dios y su gracia, y nos hace vivir en la dispersión, sin poder apreciar y gustar todo el caudal de riqueza que Dios ha depositado en nuestro interior: “Ya que en su vida arrojó las cosas más caras e íntimas (es decir a Dios). ¿Qué otra cosa es la soberbia sino abandonar el ámbito privado de la conciencia y querer aparentar exteriormente lo que uno no es?” (*Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos* 2,5,6). Evidentemente, no es bueno presumir de lo que uno hace; las obras buenas del hombre se deben a la gracia de Dios. Lo mismo hay que afirmar de lo que uno posee, sobre todo cuando son cosas materiales. Dirá Agustín que “son dignos de risa los que se jactan de las cosas perecederas, de las cuales muchas veces son abandonados mientras viven o necesariamente tendrán ellos que abandonar al morir” (*Comentarios a los Salmos* 58,2,5). En definitiva, “todo lo que se halle a tu alrededor o en ti por lo que puedas presumir, arrójalo lejos de ti. Sea Dios toda tu presunción. Sé indigente de Él para que seas colmado de Él. Todo lo que tuvieres sin Él te servirá de inmenso vacío” (*Comentarios a los Salmos* 85,3).

PARA EL DIÁLOGO

- A la luz de los distintos textos de Agustín ¿qué actitudes tendríamos que cultivar para evitar la vanagloria y el presumir falsamente?
- ¿Es Dios tu única riqueza o presumes de tus cualidades, conocimientos y posesiones?
- Cuando Agustín dice: “cura la soberbia y ya no existirá iniquidad alguna”, está formulando un principio importante de acción: ¿Cómo lo entiendes y qué trabajo interior llevaría consigo esta cura?

3. LA LECCIÓN DE LA HUMILDAD

En la doctrina agustiniana la humildad es la medicina apropiada para todo pecado, principalmente para el pecado de la soberbia, origen de todos los demás. Sin la humildad difícilmente se puede cumplir con los requisitos mínimos de la vida cristiana: “Quien, en efecto, se hizo por nosotros camino, clama: Entrad por la puerta estrecha. Hace conatos para entrar, mas la hinchazón se lo impide; y cuanto más la hinchazón se lo impide, tanto más perjudiciales le resultan los esfuerzos. Porque, para un hinchado, la estrechura es un tormento, que contribuye a hincharle más; y si aún aumenta de volumen, ¿cómo ha de poder entrar? Tiene, pues, que deshincharse. ¿Cómo? Tomando el medicamento de la humildad; que beba esta pócima amarga, pero saludable, la pócima de la humildad” (*Sermón 142,5*). La humildad es el camino adecuado para hacernos gratos a Dios y el ambiente en el que se practica la vida cristiana. Parece claro, por tanto, que todo cristiano debe ser humilde, y más si tiene un servicio en la comunidad. Pero la humildad es necesario cultivarla y custodiarla en lo cotidiano y no dar por supuesto que se tiene como si fuese una conquista para siempre (cf. *La santa virginidad 33,33*).

Agustín está convencido de que la humildad es el fundamento imprescindible para edificar una vida de plenitud porque es la morada de la caridad y el edificio de la caridad no puede tener otro fundamento: “Cava en ti ese cimiento de humildad y llegarás a la cúspide de la caridad” (*Sermón 69,4*). Sin humildad nadie puede soñar con adquirir la caridad, y la caridad, a su vez, es custodiada por la humildad: “Contra la soberbia, madre de la envidia, es contra quien lucha singularmente toda la disciplina cristiana. Ésta nos enseña la humildad para adquirir y custodiar la caridad, de la que está escrito: la caridad no es envidiosa” (*La santa virginidad 31,31*). En la caridad está la clave de la vida cristiana, pero este camino no se puede recorrer si no se es humilde: “Luego llamó a la caridad camino excelentísimo. Este excelso camino, hermanos, es maravilloso. Este camino, porque es encumbradísimo, es también excelentísimo, pues sobresa le que es excelente. Ninguna cosa hay más excelente que el camino de la caridad, y sólo andan por él los humildes” (*Comentarios a los Salmos 141,7*).

La humildad es el fundamento del edificio humano y cristiano. Cuanto más grande sea el edificio, más necesario es –aunque no sea visible– el cimiento de la humildad: “¿Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo. ¿Piensas construir una gran fábrica en altura? Piensa primero en el cimiento de la humildad. Y cuanta mayor mole pretende alguien imponer al edificio, cuanto más elevado

sea el edificio, tanto más profundo cava el cimiento. Cuando la fábrica se construye, sube a lo alto; pero quien cava fundamentos se hunde en la zanja. Luego la fábrica se humilla antes de elevarse y después de la humillación se remonta hasta el remate. ¿Cuál es el remate de la fábrica que intentamos construir? ¿Adónde ha de llegar la crestería del edificio? Pronto lo digo, hasta la presencia de Dios” (*Sermón 69,2-3*).

“Nuestra perfección está en la humildad” (*Comentarios a los Salmos 130,14*). Sin la humildad no se daría crecimiento en la vida espiritual, porque la humildad hace que el hombre reconozca que es Dios el que nos da todos los bienes y nos obliga a trabajar para que fructifiquen los dones recibidos. Toda la ciencia que el cristiano debe tener consiste en aprender la humildad, y sólo se aprende entrando en contacto con Cristo, porque en Él están contenidos todos los tesoros de Dios: “¿A esto se han reducido los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos en ti? ¿A que vengamos a aprender como una cosa grande de ti que eres manso y humilde de corazón? ¿Tan excelsa cosa es ser pequeño, que, si tú no nos lo enseñaras, siendo tan excelso, no sería posible aprenderla? Con seguridad. No podrá encontrar de otra suerte su paz el alma si no es reabsorbiendo esa inquieta hinchazón, por la que se antojaba grande a sí misma mientras para ti estaba todavía enferma” (*La santa virginidad 35,35*).

La humildad nos acerca a Dios y es que Dios se manifiesta a los humildes y les invita a disfrutar de la visión. Los sencillos y humildes son los más capacitados para escuchar la buena noticia de Dios: “Lo escondiste a los soberbios y lo revelaste a los humildes. ¿Qué es lo que somos, por mucho que seamos? Si somos humildes, mereceremos gozar de la plena visión de Dios si merecemos ser contados entre los pequeños” (*Sermón 68,7*).

Sólo los humildes pueden recibir el Espíritu Santo, porque sólo ellos tienen la capacidad de poseerle. Agustín compara a los humildes con un cuenco vacío que puede recibir todas las riquezas que Dios está dispuesto a conceder: “El Espíritu Santo nos convierte de multiplicidad en unidad, se le apropia por la humildad y se le aleja por la soberbia. Es agua que busca un corazón humilde, como un lugar cóncavo donde detenerse; en cambio, ante la altivez de la soberbia, como altura de una colina, rechazada, va en cascada. Por eso se dijo: Dios resiste a los soberbios y, en cambio, a los humildes les da su gracia. ¿Qué significa les da su gracia? Les da el Espíritu Santo. Llena a los humildes, porque en ellos encuentra capacidad para recibirlo” (*Sermón 270,6*).

4. UN ESPEJO DONDE MIRARSE: CRISTO

En el mundo pagano la humildad es desconocida. Ningún filósofo, ningún sabio de los antiguos enseña esta virtud. Sólo Cristo es el doctor de la humildad, es algo exclusivo del reino de Dios, de la región de Cristo y del ámbito divino, y sólo desde ahí se puede comprender adecuadamente y practicar en su justa medida: “Esta agua de la confesión de los pecados, esta agua de la humillación del corazón, esta agua de la vida de salud, que se considera despreciable a sí misma, que no presume de sí misma, que no se atribuye con soberbia nada

a su propio poder; esta agua no se encuentra en ningún libro de los extraños, ni en los de los epicúreos, ni en los de los estoicos, ni en los de los maniqueos, ni en los de los platónicos. En todos ellos se hallan óptimos preceptos sobre las costumbres y la disciplina; sin embargo, no se encuentra esta humildad. La vena de esta humildad brota de otro manantial; emerge de Cristo. El origen dimana de aquel que, siendo excelso, vino humilde. ¿Qué otra cosa enseñó humillándose, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz? ¿Qué otra cosa enseñó pagando lo que no debía, para librarnos a nosotros de la deuda? ¿Qué otra cosa enseñó bautizándose el que no tuvo pecado, dejándose crucificar el que no tenía culpa? ¿Qué otra cosa enseñó, si no es esta humildad? Con razón dice: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida'. Con esta humildad se acerca a Dios, porque el Señor está junto a los que se atribulan en su corazón" (*Comentarios a los Salmos 31,2,18*).

El misterio de la Encarnación es el punto concreto en el que Agustín centra su atención para hablarnos de la humildad de Cristo y para recomendarnos a nosotros la humildad. Piensa Agustín que sólo con un ejemplo como el de Cristo puede el cristiano entusiasmarse con la humildad: "Luego, porque el Señor te enseña la humildad, por eso dijo: No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Esta es la mejor recomendación de la humildad. La soberbia hace su voluntad, la humildad hace la voluntad de Dios" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 25,16*). De hecho, "es excelso el mismo que es humilde para hacernos excelsos a nosotros, que somos humildes" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 21,7*). Por eso insistirá Agustín: "Tal es el camino: camina por la humildad para llegar a la eternidad" (*Sermón 123,3*).

En la doctrina de Agustín el primer significado de la Encarnación es la humildad. Era necesario que el Dios humilde se acercase al hombre engreído para sanar su enfermedad y liberar al hombre de la desesperación: "El Dios humilde descendió hasta el hombre soberbio. Reconózcase el hombre como hombre y manifiéstese Dios al hombre. Si Cristo vino para que el hombre se humillara y a partir de esa humildad creciera, convenía que cesara ya la gloria del hombre y se encareciese la de Dios, de modo que la esperanza del hombre radicase en la gloria de Dios y no en la suya propia... Confiese, pues, el hombre su condición de hombre; mengüe primero para crecer después" (*Sermón 380,6*). Es decir, para purificar al hombre soberbio vino Cristo humilde: "Por la humildad de Cristo somos limpiados, ya que, si no se hubiese humillado a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz, su sangre no hubiese sido derramada para la remisión de los pecados" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 119,4*).

Cristo es, para Agustín –como ya se ha subrayado– maestro de humildad. Esta es la gran asignatura, la que siempre tendremos pendiente en el curso de la vida, por no estar suficientemente aprendida. Cristo ha venido para que nadie se gloríe de sí mismo, de tal manera que la gloria de Dios sea la que va en aumento: "Antes de la venida del Señor Jesús, el hombre se jactaba de sí mismo. Viene aquel hombre para que la gloria del hombre mengüe y vaya en auge la gloria de Dios. Porque viene Él sin pecado y nos halla a todos con pecados" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 14,5*). La humildad nos viene de Cristo,

que se hizo hombre para hacernos dioses en Él y por Él. Agustín parece indicar que una de las razones para que el Hijo se hiciera hombre es, precisamente, enseñarnos con su propia vida lo que era la humildad: “Tan grande es la utilidad que reporta al hombre la humildad, que no dudó en recomendarla la divina Majestad. Para siempre hubiese perecido el hombre por su soberbia si no le hubiese hallado Dios con su humildad. Por eso vino el Hijo del hombre a buscar y poner a salvo lo que había perecido. Había perecido el hombre siguiendo la soberbia del engañador, siga, después de hallado, la humildad del Redentor” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 55,7).

Cuando habla de la humildad de Cristo, Agustín utiliza todos los recursos para que lleguemos a entender y nos llenemos de admiración. Nos presenta a Cristo en relación con el pueblo judío y a Dios como médico que oculta su divinidad para que nosotros reconozcamos nuestra fragilidad: “Tenía de qué vanagloriarse el pueblo judío; pero por esa soberbia sucedió que no quiso humillarse ante Cristo, autor de la humildad, cortador del tumor, Dios médico, que por eso se hizo hombre siendo Dios, para que el hombre se reconociese hombre. ¡Qué gran medicina! Si con esta medicina no se cura la soberbia, no sé qué podrá curarla. Es Dios y se hace hombre; margina la divinidad, la secuestra en cierto modo, esto es, oculta lo que era suyo y aparece lo que ha recibido. Se hace hombre, siendo Dios, y el hombre no se reconoce hombre, esto es, no se reconoce mortal, frágil; no se reconoce pecador y enfermo, para buscar, ya que está enfermo, al médico. ¡Y lo que es más peligroso, todavía se cree sano!” (*Sermón* 77,11). La humildad de Dios es la medicina adecuada para curar la hinchazón de nuestra soberbia (cf. *La Trinidad* 8,5,7).

Agustín, con frecuencia, pone en contraposición lo que hizo el hombre y lo que hizo Dios, e invita al hombre a que, entrando en la dinámica divina, aprenda la asignatura de la humildad: “Considera, ¡oh hombre!, lo que vino a ser Dios por ti; aprende la doctrina de tan gran humildad de la boca del doctor que aún no habla. En otro tiempo, en el paraíso fuiste tan fecundo que impusiste el nombre a todo ser viviente; a pesar de ello, por ti yacía en el pesebre, sin hablar, tu creador; sin llamar por su nombre ni siquiera a su madre. Tú, descuidando la obediencia, te perdiste en el ancho jardín de árboles fructíferos; Él, por obediencia, vino en condición mortal a un establo estrechísimo, para buscar, mediante la muerte, al que estaba muerto. Tú, siendo hombre, quisiste ser Dios, para tu perdición; Él, siendo Dios, quiso ser hombre, para hallar lo que estaba perdido. Tanto te oprimía la soberbia humana, que sólo la humildad divina te podía levantar” (*Sermón* 188,3).

La herida que nos produjo la soberbia era herida de muerte y sólo la humildad nos podía hacer recuperar la vida. Es decir, el Dios humilde es la única solución para el hombre contaminado por la soberbia, que no es una mancha que se limpie con un mero lavado superficial, porque está siempre latente: “Por la soberbia caímos, llegando a esta mortalidad. Y como la soberbia nos hirió, la humildad nos salva. Por eso vino humilde Dios para curar al hombre de la inmensa herida de la soberbia. Vino porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... ¿Te hiciste soberbio? Pronto te arruinará el que persuade el mal. Afíanzate humilde en Dios y no te preocupes grandemente de lo que se

te diga” (*Comentarios a los Salmos 35,17*).

Cristo “por quien nos reconciliamos con Dios por el sacramento de su humildad” (*Sermón 341,4*), asumió la debilidad que lleva consigo la humildad y así nos señaló el camino que todo cristiano debe seguir: “Donde hay humildad, allí hay debilidad; pero la debilidad de Dios es fortaleza para los humildes. Su excelsitud creó el mundo y su humildad venció al mundo... Se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo. Esto es lo que hoy celebramos. Muchos despreciaron la humildad de Cristo, y no llegaron a su excelsitud. Quienes, en cambio, lo adoraron humilde, lo encontraron excelso” (*Sermón 198 B*). Además, Cristo ha venido para enseñarnos, pero las grandes lecciones que quiere que aprendamos, tienen el preámbulo de la humildad: “Yo he venido humilde, yo he venido a enseñar la humildad, y yo soy el maestro de la humildad. El que se llega a mí, se incorpora a mí; el que se llega a mí, se hace humilde, y el que se adhiere a mí, será humilde, porque no hace su voluntad, sino la de Dios. Esa es la causa de que no se le arroje fuera: estaba arrojado fuera cuando era soberbio” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 25,16*). Es evidente que, según Agustín, humildad y obediencia van unidas y pertenecen al mismo dinamismo de la vida cristiana. Cristo, para enseñarnos la humildad y así poder redimirnos, ha tenido que encarnarse, hacerse semejante a nosotros y hacerse obediente hasta la muerte en cruz, aunque sin perder su divinidad (cf. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan 51,3*).

El ejemplo de humildad de Cristo durante toda su vida culmina con el acto de servicio que es el lavatorio de los pies, proponiéndolo a sus discípulos y a cada uno de nosotros como gesto a realizar: “Y cuando estaba para dar comienzo a su pasión, lavó los pies de sus discípulos y les amonestó de forma clara que hicieran con sus condiscípulos y consiervos lo que con ellos había hecho su Señor y Maestro. ¡De qué modo tan práctico nos recomendó la humildad! Para lo cual escogió aquel tiempo en que estaba próximo a morir, y en el que los discípulos ponían en él los ojos con grande anhelo, para que retuvieran en la memoria con más solicitud lo que veían ser la última voluntad del Maestro modelo. Pudo recomendarles esto muchos días antes, en cualquiera de los que había estado conversando con ellos, pero lo hizo entonces porque, aunque antes les hubiese dicho lo mismo, no lo hubieran de recibir como en este preciso momento” (*La santa virginidad 32,32*).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Se puede ver con claridad que “Cristo el Señor se humilló para que nosotros aprendiéramos a ser humildes” (*Sermón 272 A*). Por lo tanto, uno de los grandes retos que tenemos planteados para ser cristianos es vivir desde la humildad, porque “¿cómo podemos ser soberbios teniendo el corazón levantado hacia quien se hizo humilde por nosotros para que no continuásemos siendo soberbios?” (*Sermón 261,1*). Quien quiera entrar en el Reino ha de entrar por Cristo, ha de aprender y practicar la humildad: “Cristo nuestro Señor es puerta baja; quien quiera entrar por esta puerta ha de agacharse para entrar con la cabeza sana. Quien, en vez de humillarse, se enorgullece, quiere entrar por el muro, y quien sube por el muro, sube para

caer” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 45,6*).

El verdadero camino de la vida es Cristo humilde. Por este camino el hombre puede ir seguro y confiado de que llegará a la meta. Es cierto que la aspiración del cristiano es llegar a Dios, pero no es menos cierto que es necesario, para no fracasar en el intento, utilizar el camino adecuado: “Aunque sea Cristo la verdad y la vida, el excelso y Dios, el camino es Cristo humilde. Andando sobre las huellas de Cristo humilde, llegarás a la cumbre; si tu flaqueza no se desprecia de sus humillaciones, llegarás a la cima, donde serás inexpugnable. ¿Cuál fue la causa de las humillaciones de Cristo sino la debilidad tuya? Tu flaqueza te asediaba rigurosa y sin remedio, y esto hizo que viniese a ti un Médico tan excelente. Porque si tu enfermedad fuese tal que, a lo menos, pudieras ir por tus pies al médico, aún se podría decir que no era intolerable; mas como tú no pudiste ir a él, vino él a ti; y vino enseñándonos la humildad, por donde volvamos a la vida, porque la soberbia era obstáculo invencible para ello; como que había sido ella la que había hecho apartarse de la vida el corazón humano levantado contra Dios” (*Sermón 142,2*).

Agustín nos dice que abrazados a Cristo “reconozcamos la humildad de nuestro Señor y no nos avergoncemos de ella. No nos avergoncemos de Él” (*Comentarios a los Salmos 46,2*), porque esa humildad es considerada por Agustín como el remedio apropiado para toda enfermedad del alma, especialmente el orgullo: “La humildad del Señor es la medicina de la soberbia del hombre. El hombre no habría, en efecto, perecido de no haberse ensoberbecido... Siendo, por tanto, la soberbia principio de todo pecado, ¿qué medicina podría sanar la hinchazón del orgullo, si Dios no se hubiera dignado hacerse humilde? ¡Avergüéncese de ser soberbio el hombre, pues humilde se hizo Dios! Se le dice al hombre sé humille, y lo tiene a menos; y ese querer los hombres vengarse cuando se les afrenta, ¿no es obra de la soberbia? Tienen a menos abajarse, y quieren vengarse, como si alguien sacara provecho del mal ajeno. El ofendido e injuriado quiere vengarse; hace del daño ajeno su medicamento, cuando lo que gana es un cruel tormento. Por eso, el Señor Cristo se dignó humillarse a todas las cosas, para mostrarnos el camino; ¿nos despreciaremos por andarlo?” (*Sermón 123,1*). El hombre puede enfermar, pero no está en su poder la curación, de aquí que Cristo, con su humildad, levante al hombre que estaba caído y no tenía posibilidad de levantarse: “Considera cómo te levantó a ti tu Señor. Te levantó con su humildad, hecho obediente hasta la muerte y humillándose a sí mismo. ¿Es humilde tu emperador y eres tú soberbio? ¿Es humilde la cabeza y soberbio el miembro? En ningún modo: quien ama la soberbia no quiere pertenecer al cuerpo que tiene una cabeza humilde” (*Sermón 354,9*).

Los seguidores de Cristo han de seguir a Cristo sobre todo por el camino de la humildad. Así se lo recomienda Agustín a las vírgenes. El libro que Agustín escribe sobre la virginidad, más de la mitad del texto está dedicado a la humildad: “Por tanto, ¡oh vírgenes de Dios!, haced esto, hacedlo y seguid al Cordero dondequiera que vaya. Pero antes venid y aprended de Él que es manso y humilde de corazón, y después le seguiréis. Si amáis, venid humildemente al

humilde y no os apartéis de Él, no sea que caigáis... Seguid adelante por el camino de la cumbre con el pie de la humildad. Él exalta a los que le siguen humildemente, ya que no se desdeñó bajar hasta los que yacían. (...) Desconfiad de vuestras probadas fuerzas para que no os envanezcáis porque habéis podido soportar algo. Y orad por las que no habéis experimentado, no sea que seáis tentados por encima de lo que podéis soportar” (*La santa virginidad* 52,53).

Para entrar en el reino y disfrutar de la salvación, es necesario, evidentemente, pasar por Cristo, pero sólo se podrá si somos humildes: “Por doquier se nos recomienda con diligencia suma la humildad del maestro bueno. También está en Cristo nuestra salvación, que es su humildad. Careceríamos en absoluto de salvación si Cristo no se hubiese dignado hacerse humilde por nosotros. Recordemos que no hemos de fiarnos de nosotros mismos. Confiemos a Dios lo que tenemos e imploremos de Él lo que aún no tenemos” (*Sermón* 285,4).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Experimento la necesidad de Dios o me considero autosuficiente y me creo más de lo que soy?
- ¿Soy consciente de las cualidades que tengo y trato de realizarlas siempre con la ayuda de Dios?
- ¿Veo la necesidad de la humildad en mi vida y trato de vivir desde el ejemplo de la encarnación de Cristo y desde el servicio?

